

Biblioteca Ilusión

Publicación Semanal

Núm. 59

25 cts.



BAUTISMO DE FUEGO

— por MADGE BELLAMY y KENNETH HARLAN —

Biblioteca Ilusión

THE GOLDEN STRAIN 1926

Bautismo de Fuego

Versión literaria de la película del mismo
título, interpretada por la bellísima actriz

MADGE BELLAMY

por
H. ONIBLA



Exclusiva

HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Calle Valencia, nº 280 : Barcelona



REDACCION Y ADMINISTRACION
PARIS, 204 : BARCELONA

opera de omisión

de la mano del autor original
y de su hijo el autor secundario

IMAGENES DE LA VIDA

ALAINO A.

5. A. 2. MALLORCA 20000
ESTUDIO DE FOTOGRAFIA

Tipografía La Académica
Herederos de Serra y Russell
Calle Enrique Granados, 111
Teléfono G-1041 Barcelona

BAUTISMO DE FUEGO

PERSONAJES

Linda Denis	Madge Bellamy
Miguel Mulford	Kenneth Harlan
El general Mulford	Hobart Bosworth
Luisita	Ann Pennington
Jerónimo	Frank McGlynn
Alfredo Ginés	Lawford Davidson
El general Denis	Frank Beal
Clara	Grace Morse
Miguel, de niño	Frankie Lee
Jerónimo, de niño	Coy Watson

Para los veteranos que conservan su vigor a despecho de la edad, las batallas no se deciden definitivamente en los campos de lucha, sino mucho después... y de sobremesa. Que esto es una verdad lo confirma la conducta de infinitos veteranos, y especialmente la del general retirado Mulford y de su amigo el comandante Denis.

El general Mulford, que es dueño del Rancho de los Gemelos, nunca está de acuerdo con las teorías de táctica militar del comandante Denis, jefe de un destacamento de caballería de guarnición en la comarca. Y generalmente es como ahora, de sobremesa, cuando ambos se exaltan y discuten acaloradamente.

Como de costumbre los insultos brotan de sus labios :

— ¡No sabes lo que dices! ¡Parece mentira que hayas llegado a general con esas ideas anticuadas!

— ¡El anticuado y el decrepito eres tú!
— replicaba el otro, echando fuego por los

ojos y dando formidables puñetazos en la mesa.

De pronto se abrió la puerta del comedor y entró por ella Linda Denis, hermosa joven-cita, hija del comandante, y al verla dijo Mulford a su amigo :

— No debías expresarte con tanta libertad, y menos sabiendo que podría oírte tu propia hija.

La presencia de Linda abrió un paréntesis de paz entre ambos veteranos, la cual quedó afirmada momentos después con la llegada de los habituales contertulios Alfredo Ginés, delegado del Gobierno en la colonia de indios nómadas, y de Clara, protegida y protectora de la guarnición de los Gemelos, donde tiene su cuartel el « Décimo Regimiento », famoso por su bravura y denuedo peleando.

Al día siguiente reina gran animación en el Rancho de los Gemelos, y no menor en « La Tienda del Soldado », popular por la bellísima dependienta Luisita y lugar donde se reúnen todos los oficiales del regimiento y sus amistades. También está muy contento Jerónimo, hijo adoptivo del general Mulford. Causa principal de la alegría de todos es la inminente llegada al Rancho de los Gemelos de Miguel Mulford, único hijo del excelente y discutidor soldado, que debía llegar aquel día de la Academia Militar donde había seguido con aprovechamiento la carrera de las armas.

En el Rancho de los Gemelos todo el mundo tiene ocupación, y Linda, Clara y Alfredo Ginés se entretienen viendo el álbum familiar de retratos, atendidos por una antigua sirvienta de raza negra. Hojeando el libro Linda ha encontrado el retrato de Miguel, y la negra ha dicho, emocionada por el dulce recuerdo :

— De pequeño, Miguel era un niño precioso.

— Pues si me hacen a mí un retrato como ese — saltó Clara — lo hago trizas. Es increíble el mal gusto que tenían entonces los fotógrafos.

Este incidente dió motivo a animada charla, en la que tomó parte el general Mulford, que acababa de llegar del jardín.

Pero alguien vió a Jerónimo por la ventana, y el mozo, que estaba tan entusiasmado como si realmente Miguel fuera su hermano, pasó a ser el tema de la conversación.

— ¿Cómo adoptó usted a Jerónimo, general? — preguntó Linda.

El interpelado quedó pensativo. Indudablemente un mundo de recuerdos bullía en su cerebro...

Al fin dijo :

— Fué hace mucho tiempo... Tú no habías nacido todavía... Una mañana, estando yo en el jardín, llegó hasta mí un joven, que quitándose respetuosamente la gorra me preguntó :

— ¿Hay trabajo aquí para un muchacho fuerte?... Llevo tres días andando en busca

de ocupación, para no tener que regresar al Orfelinato.

Me agració su aspecto; parecía educado y de buen carácter, y le dije :

— ¿Te gustaría vivir aquí... y ser « el chico de Mulford? »

— ¡Ya lo creo! — me contestó el mozalbete, radiante de gozo.

Entonces le cogí de la mano, le llevé a la habitación de mi hijo Miguel y dije a este último :

— Miguel : este jovencito se queda con nosotros; considérale como si fuese tu hermano.

Y desde entonces Jerónimo vive en esta casa, donde siempre le he tenido y le he querido como un hijo.



Le trae que sin querir en su jardín que se
y que el sol naciente no obarga su
que la sombra de su albero se proyecta sobre el suelo.

II

Las palabras del anciano fueron dominadas por gran vocerío y tumulto que venía del patio donde acababa de detenerse el carro tirado por cuatro caballos llenos de cascabeles, que había ido a esperar a Miguel.

Todos salieron de la estancia y vieron al flamante teniente rodeado de los mozos y gentes del rancho, los cuales demostraban su entusiasmo dando estentóreos vivas y lanzando al aire sus chaquetas y sombreros.

Miguel avanzaba con gran dificultad hacia la casa, estrujado materialmente por el gentío que su llegada había reunido en el patio. Al fin pudo llegar y cayó en brazos de su padre, quien le estrechó en ellos tiernamente.

Pasados los primeros momentos Miguel y Linda, su novia, pudieron hablarse; pero aquella su primera entrevista, después del regreso, no fué lo larga que ellos habrían querido, pues constantemente llegaban nuevas visitas a ver a Miguel.

Federico, que hacía de «introductor de embajadores», estaba ya cansado como nunca de tanto trasiego, de tanto ir y venir de gentes.



¡El anticuado y el decrepito eres tú!

Sólo al día siguiente, junto al antiguo piano, pudieron cambiar las palabras encendidas y banales que habían de reavivar más aún la llama de su mutuo cariño.

— ¿Me quieres, Miguel?

— ¡Con toda el alma!

Días después, padre e hijo gustaban la delicia de encontrarse juntos en el rancho y cambiaban impresiones.

Decíale el padre, para probar su valor :

— Esto está muy tranquilo ahora, Miguel ; pero no te faltará que hacer cuando a los indios se les ocurra amotinarse.

— No tengo motivos de odio contra los indios.

— Pero siendo soldado querrás luchar, ¿no es así?

— Bien sabes que sé montar a caballo y manejar las armas como pocos...

Al llegar aquí Miguel hizo una larga pausa ; mas sobreponiéndose prosiguió :

— Pero cuando llega el momento supremo... el instante de la acción... invariablemente fracaso.

— Eso debe ser que tienes demasiada imaginación o poca audacia.

Siguieron hablando, y el padre detuvo sus paseos por la estancia para tomar de una pañopla histórica espada, y entregándosela a Miguel exclamó :

— Tú representas en esta familia la tercera generación que lleva esta espada... ¡Hónrala, hijo mío!

Lágrimas de gratitud corrieron por las mejillas de Miguel al tomar la preciada reliquia, y se juró a sí mismo hacerla honor en todo momento y circunstancia.

III

Al cabo de un mes de vida en el cuartel y de maniobras en el campo empezó a notarse agitación al otro lado de la cordillera, es decir, en el campamento de los indios nómadas. Raro era el día que no llegaban noticias inquietantes. Y la razón de la agitación era que cada vez que los jefes blancos mandaban víveres, los indios los recibían más y más mermados.

— Si se comprueba que nos están robando, ¡ay de los blancos!

Este era el sentir general.

Lo malo del caso es que los robos existían. Una banda de malhechores se dedicaba a saquear los envíos, que nunca se hacían completos ni con regularidad.

Así las cosas no tardó en saberse por un confidente que los indios, molestados y quejosos, se preparaban para la guerra.

Mientras tanto, Linda y Miguel seguían viéndose casi a diario y jurándose eterno amor. Pocas parejas se habrán llevado nunca tan

bien como ellos. Porque un día mostró Linda Denis deseos de poseer una yegua hermosísima, el más bello ejemplar de las cuadras del rancho, Miguel se la fué a llevar veinticuatro horas después, como regalo de cumpleaños.

— Pero, Miguel — exclamó ella, toda encendida en rubores, — si no cumplo años hasta dentro de mes y medio. Debías saberlo...

— Lo sé — replicó, azorado, el joven. — Pero la yegua no lo sabe, e insiste en ser tu regalo de cumpleaños.

Pocos días transcurrieron sin novedad. Una mañana Alfredo Ginés se presentó al comandante Denis y le dijo :

— Los indios están inquietos, mi comandante, y quizá tengamos que pedir protección a las tropas.

— Para eso estamos aquí, Ginés... No se preocupe usted, que a los indios sabremos darles su merecido.

— Lo que me agradaría — dijo Ginés, a guisa de respuesta — es contar con el teniente Mulford, pues sabe manejar muy bien a su gente.

— Siendo así puede usted contar con él, desde ahora. Yo le ordenaré que asuma el mando de un escuadrón.

En efecto, una hora más tarde el comandante hacía a Miguel el ofrecimiento de un escuadrón, y el joven aceptaba con orgullo tan honrosa distinción.



Tú representas en esta familia la tercera generación que lleva esta espada

A la sazón ocurrió un percance que realizó más aún a Miguel a los ojos de todos, y fué el milagroso salvamento de Linda, cuando, desbocado el caballo de su cochecito, estuvo a punto de perecer estrellada contra las rocas de un espantoso abismo que ya parecía abrirse bajo sus pies.

Desde aquel punto y hora Miguel fué el héroe del Rancho de los Gemelos, y jamás hubiera osado nadie disputarle tan noble ejectoria de valor.

Sin embargo...

IV

No adelantemos los acontecimientos. Aquella noche se celebraba en el rancho el baile de la oficialidad de la guarnición del fuerte, que desde hacía muchos años siempre constituía «el acontecimiento social» de la temporada. Y vemos en la hermosa sala, profusamente decorada e iluminada, a los principales elementos de la guarnición. Linda Denis, que está bellísima, es abordada por Alfredo Ginés :

— ¿Me permite usted, señorita?
 — ¡Cuánto lo siento, señor Ginés! He prometido el primer baile al teniente Mulford.
 — Es lástima — replicó deferente el delegado del Gobierno, — porque hoy está de guardia.

Esto fué lo que hablaron Alfredo Ginés y Linda Denis ; mas no había pasado un cuarto de hora cuando se presentó en el salón Miguel Mulford, el cual, dirigiéndose rápidamente al lugar donde estaba Linda, explicó su inesperada presencia diciendo



Un percance realizó más aún a Miguel a los ojos de todos...

— Estaba de guardia ; pero el comandante me ha concedido permiso para ausentarme de la guarnición, por unas horas... No cree que haya peligro.

— Como el señor Ginés me dijo que no vendrías, le he prometido bailar con él — dijo Linda, contristada.

No le gustó mucho a Miguel que su amada bailase con otro ; pero, dándose cuenta de la situación, no tuvo más remedio que «hacer al mal tiempo buena cara» y aguantarse.

Para distraerse comenzó a saludar a los asistentes al baile y a pasear por el salón.

Mientras esto ocurría en el interior de la casa, veamos lo que sucedía fuera.

Una mujer, de pobre aspecto y que llevaba un niño a la espalda, corría como una loca hacia el Rancho de los Gemelos, y una vez llegada a la puerta principal llamó con todas sus fuerzas. Un criado lleno de galones dorados salió a abrir. Al pronto quiso cerrar, sin dar oídos a la recién llegada; pero como ésta de un soberbio empujón estuvo dentro, ya no tuvo más remedio que conceder beligerancia a la brava mujer.

Y tan pronto como ésta se serenó le dijo :

— Desearía hablar dos palabras con la señorita... a solas...

En el salón todo era ruido y algazara. Nadie pensaba más que en divertirse. Sólo el general y el comandante volvían a las andadas, discutiendo siempre :

— Esto me recuerda — decía el general, muy satisfecho — el baile con que celebramos la victoria de Valle Hondo.

A lo que replicaba el otro, dando la peor intención posible a sus palabras :

— ¿Llamas victoria a un combate en qué los vencidos tuvieron menos bajas que los vencedores?

Dios sabe cuándo y cómo hubieran acabado la comenzada discusión de no haberse interpuesto entre ellos la propia Clara. Venía al-



¡Cuánlo lo siento, señor Ginés! He prometido el primer baile al teniente Mulford

terada, descompuesta. En su rostro se leía el terror.

— Atiendan ustedes a esta pobre mujer — dijo señalando a la recién llegada, que iba tras ella. — De ser cierto lo que dice, la situación promete ser horrible.

Los veteranos se quedaron de piedra. Luego, reaccionando, asediaron con preguntas a la mujer :

— ¡Hable usted!

— ¿Cómo ha sido?

— ¿Cuántos son los levantiscos?

La mujer cortó en seco la lluvia de preguntas, diciendo escuetamente :

— Los indios llegaron... Mi marido... mis hermanos... muertos... Yo pude esconderme con el niño, y gracias a Dios he llegado hasta aquí.

Entonces, mientras el general se retiraba rápidamente a sus habitaciones, el comandante buscaba al culpable con la vista, mascullaba en tanto que recorría el salón en todas direcciones : — « El teniente Mulford no debió haber abandonado la guarnición ». Toda clase de improperios pugnaban por salir de su garganta, debido a que se iba irritando por momentos cada vez más. Y tal vez hubiera caído al suelo, fulminado, presa de un ataque cerebral de no haber encontrado con Linda, en el jardín, al teniente Mulford.

Tan pronto como le vió, corrió hacia él, y rígido como una estatua, sin casi mover un solo músculo de su rostro, le dijo :

— ¡Teniente, corra usted a ponerse a la cabeza de sus soldados y salga a perseguir a los indios, antes que haya una rebelión general!

Mulford obedeció. Sin pérdida de momento se preparó para salir a campaña, y antes de abandonar el rancho — tal vez para siempre — entró a despedirse de su abatido padre.

— Dame tu bendición, padre mío, y perdóname que haya mentido al decir que me dieron permiso para abandonar la guarnición.



Los dolores que sufri eran tan atroces...

— Tómala, hijo mío ; aunque en realidad nada necesitas más que tus armas...

Se besaron.

Al pasar el umbral de la puerta, Miguel oyó que su padre, con la voz velada por la emoción, le decía :

— ¡Pórtate como un valiente!

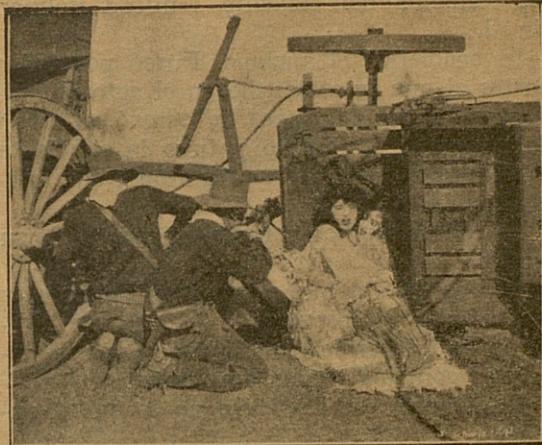
Miguel se alejó. Su padre pasó una noche de agonía y de orgullo, mientras, a su parecer, el hijo recibía el bautismo de fuego...

V

Amanecer.

Las rosadas luces de la aurora asoman por Oriente. Se disipan las últimas sombras de la noche.

La jornada ha sido dura. Los indios han atacado sin descanso. Pero... la verdad es que Miguel Mulford... no ha entrado en fuego. Ignorado de todos ha pasado la noche temblando de miedo en un cobertizo, y cuando con la llegada del día no ha tenido más remedio que hacer acto de presencia y ponerse a la cabeza de sus soldados — que durante la pasada noche mandara un sargento — se ha puesto malo. Ciento que ha sacado fuerzas de flaqueza, que ha hecho hasta lo imposible por sostenerse a caballo y ocupar su puesto de mando, pero... todo ha sido inútil : el miedo se ha apoderado de su espíritu y su cuerpo ha comenzado a temblar como azogado ; hasta la medula de sus huesos ha penetrado como un puñal el miedo insuperable y... dijo al sargento, que a caballo y junto a él aguardaba órdenes :



*...y unos, protegidos por las sinuosidades del terreno
y otros por carros...*

— Tengo unos dolores atroces... Tome usted el mando... Yo iré a reunirme con las tropas más tarde... tan pronto como me encuentre mejor.

El sargento obedeció. Y mientras Miguel Mulford se ponía al abrigo de un desnivel del terreno, sus subordinados, al mando del valiente sargento, desalojaron de las lomas a los indios, empujándoles hasta sus más lejanas guaridas.

Cerca de mediodía se presentó el comandante Denis en el lugar de la acción, y vió como

los soldados del teniente Mulford volvían sin él.

Se encolerizó el anciano. Buscó por todas partes al que *in mente* dió en el acto el calificativo merecido; pero se serenó al verle llegar pálido y abatido y tuvo la suficiente entereza de ánimo para preguntarle con aparente calma :

— ¿Cómo explica usted el abandono de su puesto?

— Los dolores que sufría eran tan atroces — balbució el interrogado — que me obligaron a detenerme, con la esperanza de reunirme con mis tropas más tarde...

El comandante Denis ya no se pudo contener :

— Todos los cobardes sufren « retortijones » antes de un combate — dijo secamente.

Y añadió :

— ¿No hubo oportunidad de que fuera usted a reunirse con el escuadrón, cuando ya se sentía mejor?

Mulford bajó la cabeza, pálido como la cera. Quiso excusarse, pero no pudo.

Su jefe continuó :

— Por consideración a su padre, permitiré que se dé usted de baja voluntariamente.

Y picando espuelas a su caballo se alejó, dejando al joven sumido en un mar de confusiones.

Cuando el comandante Denis llegó a su casa, Linda le puso al corriente del regalo de Miguel, a lo que el anciano soldado replicó vehemente dirigiéndose al mozo de cuadra que tenía por las riendas al animal :

— ¡Devuelva esa yegua al rancho de los Mulford, ahora mismo! ¡Mi hija no acepta regalos de un cobarde!

Mientras tanto en el Rancho de los Gemelos se celebraba penosa entrevista entre Miguel y su padre, el general Mulford.

— Has arrastrado por el lodo la bandera y mi corazón — gemía el anciano, dando rienda suelta a su dolor.

— Se me dió a elegir entre darme de baja o ser juzgado por el Consejo de Guerra — balbució Miguel, sin casi saber lo que decía.

— ¿Pero no dijiste que estabas enfermo?

— objetó su padre.

— Sí... Pero tuve ocasión de ir a reunirme con mis tropas y no fui.

— ¿Quieres decir que tuviste miedo?
El silencio de Miguel otorgaba asentimiento.
El general se descompuso.

— ¡Eres una deshonra del apellido que llevas — exclamó colérico. — Y no quiero cobardes en mi casa! ¡Márchate y no vuelvas a poner aquí los pies!

* * *

Miguel salió del rancho y vagó a la ventura, huyendo de su propia cobardía. Y Jerónimo, en la abnegación de su cariño por Miguel, le siguió y le protegió incansable y solícito.

— Volverás a casa — solía decirle — aunque tenga que llevarte a rastras.

Cierto día, Jerónimo, después de dejar instalado a Miguel en una cabaña solitaria en pleno campo, volvió al rancho — donde reinaba la tristeza desde que el general dió la orden de que no se pronunciara el nombre de Miguel — y asumió la responsabilidad y lo tomó todo por su cuenta.

Poco a poco las palabras de Jerónimo fueron haciendo mella en el ánimo del valeroso anciano y casi le decidió al perdón.

Mas un suceso inesperado había de precipitar los acontecimientos.

El campamento indio volvió a sublevarse. Esta vez la rebelión se extendía a toda la zona y con grave cariz. Constantemente se oía el siniestro batir de los tom-toms, mani-



Y Miguel, con gran alegría del general, quedó
rehabilitado plenamente

festación de la furia indomable de la raza
nómada y guerrera.

Jerónimo había estado siempre en comunicación con Miguel, a pesar del peligro que representaba llegar hasta la choza que al joven le servía de guarida. Incluso proporcionó a Miguel la ocasión de que hablara una noche con Linda, su amada novia. Debido a este constante trato, Jerónimo fué de los primeros que supieron las intenciones belicosas de los indios.

Por fin, la temida acometida se produjo. Una mañana temprano, los indios acometieron duramente al Rancho de los Gemelos y a otros ranchos de aquellos contornos. Los moradores de todos ellos salieron al campo en defensa de sus vidas y haciendas. Y unos, protegidos por las sinuosidades del terreno, y otros por carros, supieron defenderse y rechazar momentáneamente a los numerosos y enardecidos atacantes.

Sin embargo, la situación se iba agravando por momentos. Así lo comprendió Miguel, que sin ser reconocido estaba luchando desde el amanecer en defensa de los suyos, parapetado detrás de un carro. Y presentándose a Jerónimo le dijo :

— Si no se da aviso a la guarnición, los nómadas destruirán todos los ranchos del valle.

— Sería un suicidio tratar de llegar a la guarnición ahora — replicó Jerónimo.

— Me doy cuenta del peligro, pero lo intentaré.

Y uniendo la acción a la palabra Miguel se internó arrastrándose por el terreno en el campo enemigo.

Agujoneado por el acicate de oro del valor, regenerado, Miguel Mulford consiguió su propósito. Media hora después los soldados, llevando a Miguel a la cabeza despejaban de indios el valle, y dos horas más tarde el contraataque quedaba terminado. Sólo en algu-



Miguel Mulford se casó con Luisa Denis...

nos puntos lejanos los indios se resistían aún a batirse en retirada, pero aquellos pequeños focos no tenían importancia. La rebelión estaba dominada. Y lo que era más importante aún para el general Mulford y su hijo : Miguel quedó rehabilitado plenamente.

EPILOGO

Miguel Mulford se casó con Linda Denis, siendo padrinos de la boda los padres de ambos, y esta unión fué la de más rumbo que se había celebrado en el Rancho de los Gemelos.

Jerónimo, aquel día, iba de un lado para otro rebosando alegría.

Y para no faltar a la costumbre, en la sobremesa del banquete de bodas los dos viejos discutidores y gruñones volvieron a sus inveradas disputas que, en el fondo, tanto les divertían...

Jamás, en lo sucesivo, la más pequeña nube alteró la paz en el hogar de Miguel y Linda. Siempre disfrutaron de bien ganada felicidad.

FIN



BIBLIOTECA CORAZÓN

Hermosa publicación semanal : Interesantes novelas
de amor y emoción : Preciosa portada en tricromía

¡Interesa! ¡Apasional! ¡Intriga!

CUADERNOS PUBLICADOS

- 1 VIVIR PARA AMAR, por Joachim Renéz.
- 2 POR ALLÍ PASÓ EL AMOR, por P. de Clement.
- 3 LA HIJA COMPRADA, por Gérard Dartis.
- 4 POR EL AMOR DE MAUD, por René-Jean Tracy.
- 5 FLOR DE BULEVAR, por Joachim Renéz.
- 6 BAJO EL SOL DE COSTA AZUL, por M. Renée Noll.
- 7 LUCHA DE AMOR, por P. de Clement.
- 8 EL ENIGMA DE UNA VOZ LEJANA, por M. R. Noll.
- 9 EL SECRETO DE VILLAFELIZ, por René-Jean Tracy.
- 10 EN EL UMBRAL DE LA DICHA, por M. R. Noll.
- 11 PERDÓN DE AMOR, por Guy Vander.
- 12 OCASO DE AMOR, por P. de Clement.
- 13 LA VUELTA AL NIDO, por P. de Clement.

64 páginas de abundante lectura, 64

Precio de cada cuaderno: 30 céntimos



BIBLIOTECA CINEZIA

Revistas cinematográficas, fotografías, artículos, discursos, memorias de artistas, biografías, etc., publicados en Europa, Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Japón, Australia, Nueva Zelanda, etc.

En la Biblioteca Cinezia se recogen los más interesantes y valiosos artículos de las revistas más prestigiosas del mundo.

Los artículos están traducidos al castellano y se incluyen en el volumen con su correspondiente bibliografía.

La colección consta de 200 fascículos, cada uno de los cuales contiene un retrato de un artista y una biografía.

Los fascículos están numerados y tienen un índice al final de cada uno.

Los fascículos están numerados y tienen un índice al final de cada uno.

Los fascículos están numerados y tienen un índice al final de cada uno.

Los fascículos están numerados y tienen un índice al final de cada uno.

Los fascículos están numerados y tienen un índice al final de cada uno.

Los fascículos están numerados y tienen un índice al final de cada uno.

Los fascículos están numerados y tienen un índice al final de cada uno.

Los fascículos están numerados y tienen un índice al final de cada uno.

ÁLBUM FILM

Se ha puesto a la venta este elegante tomo que contiene

**200 retratos de artistas
— y 200 biografías —**

Resulta un libro de gran interés para los aficionados al cinematógrafo

Preciosas cubiertas en tricromía

PRECIO: 3 PTAS.

ALBUM FILM

est le plus à la mode des
magazines pour les enfants

200 illustrations de artistes
— & 200 photographies —

qui sont dans le meilleur
équilibre et qui sont toutes
photographies.

Recueillez complètement ce historique

CATALOGUE



BIBLIOTECA CORAZÓN

Hermosa publicación semanal : Interesantes novelas
de amor y emoción : Preciosa portada en tricromía

¡Interesa! ¡Apasiona! ¡Intriga!

CUADERNOS PUBLICADOS

- 1 VIVIR PARA AMAR, por Joachim Renez.
- 2 POR ALLÍ PASÓ EL AMOR, por P. de Clement.
- 3 LA HIJA COMPRADA, por Gérard Dartis.
- 4 POR EL AMOR DE MAUD, por René-Jean Tracy.
- 5 FLOR DE BULEVAR, por Joachim Renez.
- 6 BAJO EL SOL DE COSTA AZUL, por M. Renee
- 7 LUCHA DE AMOR, por P. de Clement.
- 8 EL ENIGMA DE UNA VOZ LEJANA, por M. R. Noll.
- 9 EL SECRETO DE VILLAFELIZ, por René-Jean Tracy.
- 10 EN EL UMBRAL DE LA DICHA, por M. R. Noll.
- 11 PERDÓN DE AMOR, por Guy Vander.
- 12 OCASO DE AMOR, por P. de Clement.
- 13 LA VUELTA AL NIDO, por P. de Clement.

64 páginas de abundante lectura, 64

Precio de cada cuaderno: 30 céntimos

